

Alberto de Frutos Dávalos (Madrid, 1979) es licenciado en Periodismo por la Universidad Complutense de Madrid. Trabaja en la editorial América Ibérica como redactor jefe de la revista Historia de Iberia Vieja, y colabora como crítico literario con la agencia cultural Aceprenta. Hasta la fecha, ha publicado el libro de poemas *Selva de noviembre* (2002), la novela corta *El beso de la señora Darling* (2007) y los libros de relatos *Utopías. Crónicas de un futuro incierto* (2009) y *La soledad dejó de ser perfecta* (2010). Próximamente, verá la luz su nuevo libro de relatos, *Familias estructuradas*. Ha recibido cerca de un centenar de premios literarios.

Alberto de Frutos Dávalos

Madrid, 1979

Tercer Accésit

ESCENAS DE UN BIBLIOTECARIO

I

Dejaba el abrigo en el perchero, guardaba el archivador bajo llave en un armario tras la mesa de préstamo, e iba a saludar a sus compañeros, que habían fichado una hora antes. Las tres clavadas, leía Álvaro en el reloj de pared, sobre el calendario con las fiestas del curso. Desde que se le rompió la correa, había decidido no volver a llevar reloj en la muñeca. Tenía el don de controlar el tiempo. Ya podían aborarlo por la calle, que jamás hacía el gesto de subirse la manga de la sudadera. Si algunos hombres de campo fían a la luz del sol la medida del tiempo, él, que era un hijo de la ciudad, le preguntaba a su corazón, que le respondía con un tictac nervioso pero certero. Desde que le destinaron a esa biblioteca, seis meses atrás, nunca había llegado tarde, y como la puntualidad es la única virtud que se recompensa en el funcionariado, el chico prometía hacer carrera.

-Buenas tardes, Óscar. Te has cortado el pelo.

-Buenas. Y bien dicho lo del pelo, porque nadie más me ha metido la mano en él.

Por el pasillo central bailaba el humo del cigarrillo de su compañero Óscar, que, agarrado a las baldas de la estantería, parecía un mono ágil e inquieto, juguetón como aquellos «bandar-log» que hicieron la vida imposible a Mowgli. Óscar era el veterano de la biblioteca. Había fatigado durante quince años esos suelos, y acababa de reincorporarse tras una baja de seis meses por enfermedad. Bebía, fumaba todo lo que caía en sus manos, y su hermano estaba ingresado en un psiquiátrico. Su locura empezó cuando una mañana previno a sus amistades de que la teoría de la relatividad era falsa; a la siguiente, notificó a su hermano que una productora de televisión le debía dinero por un argumento suyo para un programa de humor; y lo último fue aparecer desnudo en una cuneta, delirando. Cuando Óscar lo visitaba, una o dos veces a la semana, fichaba tarde en Registro, y el jefe de personal lo abroncaba. Se le iban las horas mirando por la ventana los pájaros y los árboles, y en su cartera llevaba una murga que hacía sonar en el bar cuando se aburría, y un tirachinas con que hostigaba a las palomas. Cada dos horas, bajaba a la cafetería por un cubata. Escribía romances en los que criticaba al Gobierno y a los jefes de personal, y sus gestos pícaros imitaban los de Groucho Marx. Buscaba desesperadamente a una mujer, y le daba mil vueltas al gesto de cualquier usuaria que fuera por un libro y guiñara un ojo a causa de una mota de polvo. No aspiraba a un cariño duradero, y solía contar la historia de un macho de su pueblo que, por culpa del celo desaforado, había muerto de sudores en el arado tras una noche de lujuria.

-Buenas, Plácido.

-Hola, Álvaro, ¿qué tal?

-¿Tú qué tal? ¿Cómo fue el dentista ayer?

-¡Hasta la una me tuvo en su consulta!

En el primer silencio de la tarde, los murmullos de Plácido llegaban a los oídos de Álvaro como un humilde rezo. La oración consistía en repetir las letras y los números de las firmas, para darse ánimos y colocar más rápidamente los libros. Plácido era extremeño, tenía cuarenta y

seis años aunque aparentaba menos, y era un hombre tranquilo y feliz en su trabajo, que, a la hora del café, hablaba de la memoria y de sus hijos, y que en sus ratos libres ejercía de mecenas del arte y la poesía, como presidente de una asociación cultural de su pueblo. Tenía un luminoso sentido del humor, las ideas claras, y nunca decía una palabra de más, por amor a Ortega, su autor de cabecera. Criticaba la hipocresía y los abusos de poder, y no soportaba que se instrumentalizara la religión. Le gustaba leer y la gente, y se le notaba, lo primero por su forma de hablar, lo segundo, por su forma de escuchar. Era un apasionado del arte, y muchas veces había discutido con Álvaro a propósito de los creadores. Juzgaba este último que el artista no es alguien que sienta un particular cariño por la humanidad, mientras que para Plácido una obra de arte era una prueba de amor y fe, y el artista que la ejecutaba un galán del universo que trabajaba para la perpetuación de la belleza en el mundo. Había estudiado Historia, pero no llegó a terminar la carrera, cansado de consignar en los libros la crónica del fracaso humano. «Sólo el arte nos salva», solía decir. Era demasiado modesto para reconocer sus dotes, pero hacía unos meses que había empezado a ensayar con acuarelas su testimonio de gratitud a la humanidad, y también componía versos a la manera de Walt Whitman.

-Hola, Conchi.

-¡Hola!

-¡Qué trabajadora estás hoy!

-Jobar, pues ganas no tengo ninguna. Esta mañana he ido con mi amiga Begoña al Ministerio por unos papeles. Cada una tenía que ir a un departamento, y no sé si hemos salido por puertas distintas, que al final no nos hemos encontrado.

En la segunda cámara del depósito, Conchi, la nueva, se afanaba en la búsqueda de un espacio desocupado donde encajar el libro que llevara en la mano. Los que se le resistían los dejaba tumbados en su incierta ubicación, y eran Plácido y Óscar quienes le daban o no el visto bueno.

-Las obras de un autor van antes que los estudios que otros han hecho de esa obra o de ese autor. Son reglas de la clasificación decimal universal. Las letras simples, antes que las dobles -le recordaban.

-Antes que las dobles -repetía ella, sonriendo como una alumna aplicada.

Conchi había trabajado en mil tareas administrativas, empezado un par de carreras que dejó a la mitad y, tras unos años en la Inspección, logrado una plaza de las convocadas por la Universidad para las bibliotecas. Le encantaba hablar de sí misma, no por egoísmo, sino porque no soportaba el silencio; y, como era nueva, se veía en la obligación de presentarse a cada momento, para ponerse a la altura de la camaradería de los otros.

A Álvaro le tocaba colocar los libros de la biblioteca de investigación, escritos en su lengua original, y las revistas.

II

Llegaba a la Universidad en metro, tras reponer fuerzas en casa. Prefería comer los platos de su compañera de piso antes que los sándwiches que devoraba fuera. Álvaro era de Valladolid, donde dejó a su novia Carmen; y en Madrid compartía piso con una mujer de ochenta años, a la que había conocido por un programa de viviendas por la convivencia auspiciado por una ONG. Fue su novia quien le sugirió la idea de inscribirse en ese plan.

La anciana se llamaba Visitación, y cocinaba unas yemas deliciosas que alargaban la sobremesa más de la cuenta. Se decía que había nacido para monja o que alguna sor le había revelado sus secretos culinarios.

En las largas tardes de invierno, le hablaba de las gentes del pueblo, y recordaba los días en los olivares, las carretas con el aceite, y las noches en el baile, cuando se ponía ese vestido azul que aún conservaba en el ropero.

-Una superstición, ya lo sé, pero las mujeres no deberíamos desprendernos nunca del vestido con el que nos besaron por primera vez. Me lo enseñó mi abuela, y yo lo he cumplido.

Doña Visitación, como la llamaban los vecinos, había sido una mujer muy atractiva –lo atestiguaban las fotos–, y hasta bulliciosa y traviesa –lo atestiguaban los rescoldos que hervían de juventud en sus ojos. Antes de que el chico llegara, pensaba a menudo en la muerte, pues, si sonaba el teléfono, era para invitarle a un entierro o a un funeral. Una piensa en aquello a que le obligan a pensar quienes la rodean, decía.

–Por nosotros mismos, no llegamos a ninguna conclusión.

Le cogía la mano y le agradecía que hubiera aparecido en su vida así, como de la nada.

–El día que me llamaron de la ONG para informarme de que me tenían lista una pareja, recé para que no te murieras –bromeaba–. La costumbre. Algún día, todavía no porque eres un pipiolo, pero algún día te sorprenderás pensando en la muerte; aunque, qué demonios, no vamos a vivir más por pensar en ella. Menuda lata sería vegetar por los siglos de los siglos. El otro día oí en la radio algo muy simpático: los hombres os morís más pronto que las mujeres, pero eso no quiere decir que viváis menos.

Si Álvaro llegaba tarde por la noche, la mujer lo aguardaba en el balcón aunque helara, de modo que, para librarle de la vigilia, el chico procuraba no entretenerse.

Por las mañanas, Álvaro estudiaba Teoría de la Literatura, carrera a la que no prestaba ninguna atención, indiferente a los resultados de los exámenes, pues su plaza de bibliotecario no se la quitaría nadie.

Se había matriculado porque le gustaban las asignaturas, pero, sobre todo, para no quedarse en casa toda la mañana, no por Visi, a quien quería de veras, sino por él mismo. Se levantaba temprano y hacía la compra; luego, se quedaba un rato en la cocina dándole palique a la señora, quien tampoco soportaba estar encerrada. Cuando la mujer bajaba al club para jugar a las cartas o tomar café, Álvaro se iba a estudiar.

Hubo un tiempo en que hubiera preferido a la vida académica la ruidosa soledad de su habitación, oscuro claro de bosque en que invocaba a las musas de la poesía; pero había perdido la afición por la literatura. Aún le pasaban las buenas novelas –«¿cómo pudo Cervantes escribir tan

bien sin haber leído a Pérez Galdós y Valle-Inclán?»-; pero cada vez se le hacía más difícil teclear o coger la pluma, quizá porque el mundo que conocía no le resultaba lo bastante libresco. Mejor no contar nada que contar la nada, se aconsejaba. A la postre, si alguna vez había sufrido la fiebre de ordenar palabras, fue por la necesidad de leer algo, una historia o un poema, que aún no existían. Y aunque ahora se negara a reconocerlo, escribir le había hecho inmensamente libre, si no feliz, aunque esa libertad no fuera más que otra forma de servidumbre. Pero eso fue hace mucho tiempo.

Acerca de sus gustos literarios, beber en las fuentes del Imperio romano o inspirarse en la Guerra Civil le parecía una variación del escapismo, por lo que, si alguna vez se repatriaba a la cuna de las palabras, lo haría para hablar, sí, de ese invierno gris en la biblioteca o de Visitación. El improbable corresponsal de guerra que podía haber sido se quitó el casco cuando, nada más terminar su primera carrera, conquistó su plaza de funcionario.

Los años, no conformes con pintarle sus primeras bolsas bajo los ojos, le estaban socavando la voluntad como a un personaje de tragedia griega. Poco a poco, predecía, se presentaría a la gente con esos tópicos de manual que salvan del silencio o el ridículo a quien no tiene agallas para mostrarse tal cual es. A menos que...

Pero no. Entonces, no veía salida. La lentitud de las horas en la biblioteca le amojamaba como la noche a los célibes. Y, sin embargo, intentaba no ser tan duro. Porque, de acuerdo, su trabajo podía ser aburrido, pero, entre todas las plazas convocadas, había preferido esa a la de, por ejemplo, técnico de necropsias, en la que se precisaban tres años de experiencia en el trato con los muertos.

Intentaba leer en el metro, pero no lo conseguía. Atravesaba una de esas rachas en que la ilusión por el mundo exterior se vuelve tan frágil como las hojas azotadas por el viento, y culpaba al mundo de su propia indiferencia.

Ningún consuelo encontraba en las llamadas de su novia, ni en las fotografías que le enviaba de vez en cuando, con su nuevo corte de pelo. "Tal vez felicidad sea sinónimo de costumbre", se concedía el muchacho, pero su estado rechazaba toda suerte de costumbres.

Algunos fines de semana, él iba a Valladolid, o ella cogía el autobús a Madrid. Se querían en la planta más alta de un hotel y, si ella tenía examen el lunes, se pasaban la noche haciendo ejercicios de trigonometría: agua de grifo para no incurrir en excesos, un beso de buenas noches, susurros de hasta mañana, los pies fríos que los mantenían en vela los primeros minutos, el sueño, los sueños. Y al amanecer, un paseo por el Retiro, la moneda al mimo italiano del bombín, el bocadillo en la estación...

-¡Y suerte mañana con el examen!

Como esos personajes decimonónicos que creían haberlo vivido todo, se cobijaba en un spleen pagado de sí mismo. Se movía por inercia, una palabreja que funciona como un insensible artilugio de hospital, que se limita a prolongarnos la vida: la inercia de levantarse todas las mañanas sin saber por qué, la inercia de subir día tras día los mismos peldaños de las escaleras, la de la lluvia, que mojaba su mismo paraguas diminuto, aquel que había comprado cinco años atrás a un chino a la salida del metro -«los chinos deberían anunciar el tiempo en la tele: son infalibles»-; para los solidarios, la inercia de la solidaridad, y la del alcohol para los incipientes alcohólicos.

A los quince años, pensaba que una luna se sube al cielo siempre por primera vez o que un beso puede, en la magia de su saliva, resucitar unos labios que han probado el lívido huso de la rueda. Ahora, sólo miraba.

Cuando salía del metro, caminaba, no siempre solo, el medio kilómetro que lo separaba de la biblioteca de la Facultad. A veces, se encontraba con un pedigueño vigués que lo acompañaba hasta la entrada. «Claro, si no se quiere, pues no se puede, pero si se quiere...», intentaba convencerlo para que se rascara el bolsillo. «No tengo nada», se excusaba Álvaro, también por inercia.

El trabajo en la biblioteca era sencillo. A primera hora, colocaba los libros en el depósito; más tarde, se apostaba tras la mesa, presto a resolver cualquier duda: número de libros que se podía sacar, multas impertinentes, préstamos interbibliotecarios, e iba buscando las obras solicitadas por los usuarios en unas fichas verdes, mal rellenas por lo general. A lo largo de la tarde, registraba en un piramidal cuaderno las flamantes adquisiciones. El momento más feliz era cuando tejuelaba

los ejemplares y los colocaba en el expositor; entonces, se sentía como un sacerdote aplicando el sacramento del bautismo a un recién nacido.

-Ahora eres casi libre -les revelaba en voz baja a los libros-, pero no para que nos dejes ni te pierdas.

Ya podía tomarse su café.

III

Bajaba, poco después de las seis, con su compañero Plácido. Álvaro sólo tomaba café; su amigo pedía también un cruasán y, como era ex fumador, ocupaba sus manos en el acoso y derribo a las servilletas, que, tras la batalla, lloraban maltrechas en el platillo. Cada vez que alguien dejaba abierta la puerta, que daba a un jardín aterido de frío, se levantaba iracundo a cerrarla, sin ahorrar al culpable la humillación del portazo.

Había días en que se encontraban la merienda sobre la mesa, como clientes fieles a una usanza o a un lugar. Plácido sostenía que, si un camarero empieza a adivinar los deseos del parroquiano, lo mejor es que se busque otro bar. Por eso, solo para fastidiar, pedía a veces té y trenzas o donuts; y le divertía la mueca de sorpresa de Hilario, un camarero flaco con aspecto de jinete andaluz.

-Hoy cambio, ya ves.

-Ya veo, ya -y parecía demandar una cucharadita de templanza a Dios para no tirarle la cafetera encima.

-A mí sí me gusta el invierno -reanudaba Álvaro su discurso, a propósito de una observación anterior de Plácido-. En verano nunca pasa nada, el sol nos vuelve perezosos.

-Sí, pero eso de que anochezca tan pronto... En el pueblo donde vivo, a partir de las siete no hay nada que hacer. Para los niños es duro, especialmente en Navidades -Plácido tenía tres hijos, la

mayor en edad adolescente, y dos más pequeños: J. K. Rowling había diluido la diferencia de edad, y eso sí que era un truco de magia del fabuloso Harry Potter-. Donde esté el sol, que se quiten los nubarrones grises.

-Pero la gente no mira igual en verano que en invierno -se aventuró Álvaro Alighieri.

-¿Ah, no?

-No. En invierno miramos con más intensidad, y en verano parecemos carneros.

-En invierno miramos huraños, para que no nos roben la calor, como decimos en mi tierra.

Otras veces hablaban del azar, por una lectura reciente o una película que habían visto en el cine.

-Es por azar por lo que naces en una casa o en otra, rico o pobre, negro o blanco, príncipe o mendigo, pero incluso un mendigo puede llegar a la realeza si se lo propone -dijo Plácido.

-Yo no tengo tanta confianza en el ser humano.

-¡Vamos! Todos llevamos un héroe dentro.

-No creo en los héroes... -replicó Álvaro, como avergonzado.

-Ya, son antihigiénicos. Ortega -citó su amigo.

-Un héroe salva a su comunidad, pero no a sí mismo; y, cuando nos entregamos, en el fondo lo hacemos por egoísmo. Yo lo que quiero es vivir. Una historia de amor, por ejemplo, pero de película. Quisiera sentirme Humphrey Bogart por un momento... No, eso no, porque no pretendo mentirme. Nunca he estado enamorado. He creído estarlo, o fascinado, pero la falta de hambre o sueño no me han durado más que un par de semanas. O bueno, quizá sí, tal vez hubiera alguien, pero entonces no sabía lo que era la realidad. Y sigo sin saberlo -reflexionó atropelladamente el chico-. ¿Qué es la realidad: lo que pasa o lo que vemos que pasa? El amor se interpreta. Amar es como hacer crítica literaria. Pero da igual. Ya me he puesto estupendo otra vez.

-Pensé que tenías novia...

-Bueno, sí, pero una novia de costumbres. La convivencia hace que cojas cariño a las personas que te rodean, pero no seguridad o confianza en ti mismo. Incluso el noviazgo es un contrato. Te pasas la vida hablando por teléfono con la chica que te gusta: Telefónica viene a ser como el anillo de compromiso; y, en el momento en que cuelgas, papeles de divorcio. No. Cuando elegimos a alguien, lo hacemos por la comodidad de no seguir buscando. ¿Qué clase de albedrío comodón es ese practicamos los hombres? Por comodidad, nos casamos, por comodidad, tenemos hijos...

A la hora en que tomaban la merienda, la cafetería se llenaba de alumnos que aprovechaban el descanso entre dos clases para beber algo. Una de las asiduas era Eva María, una rubia de veinticinco años que, aunque nacida en Suecia, hablaba español perfectamente. Había dejado de fumar unas semanas antes, e informaba a los bibliotecarios de sus sensaciones, como un presidiario que va grabando a navaja los días que lleva de condena. Plácido la comprendía, Álvaro tenía que imaginárselo. Eva era una chica locuaz, que se fingía ignorante por no conocer fechas o nombres propios, pero que ponía sobre la mesa una mirada generosa, escéptica mas no indiferente. Para los dos amigos, encontrársela sin compañía era un lujo que perfeccionaba su descanso.

Subían a la biblioteca, y Eva los despedía a la puerta de su clase, en la misma planta. Era el momento en que Óscar iniciaba su turno, y ya lo veían frotándose las manos por el cubata que se iba a meter entre pecho y espalda. Antes de bajar, les entretenía con peregrinas observaciones sobre lo que acababa de leer en el periódico.

-Los bonzos no sienten ningún dolor cuando se queman. El dolor es cosa de la mente. El cuerpo, ni sufre ni padece. Si es así, habrá que hacerse monje budista, qué carajo. Dentro de nada, habrá cátedras que estudien el placer como cosa de laboratorio. Ni se puede gozar, ni está bien visto llorar. Antes, por lo menos, se cantaba, se silbaba, se reía. Qué poca vida nos va quedando...

IV

Le gustaba imaginar la historia de un amor que nacía por la fascinación de las manos. Hay mujeres que dicen caer subyugadas por las manos de un hombre, sin necesidad de leer sus líneas, y puede que sea verdad, o tal vez no sea más que una frase de consuelo que se dice a los tipos poco agraciados físicamente. «Tienes unas manos preciosas...». Sin embargo, en su historia tal cosa ocurría: una de las alumnas le pedía un libro y, en el momento en que él se lo daba, ella se quedaba mirando fijamente las manos del bibliotecario, acostumbradas a pasar páginas y páginas, y a quitar el polvo de los lomos, ese carmín del tiempo. Claro que la heroína de su historia, la mujer que se prendaba de sus manos, era muy sensible y observadora, a diferencia de la mayoría de las usuarias, que consideraban al funcionario como una pieza más, sin duda la menos importante, en su tarea de aprendizaje. Y el bibliotecario, en su cuento, era además pianista. No como él.

Porque la historia de amor hubiera muerto congelada en el instante del préstamo, si no fuera porque una noche ella volvía a ver esas manos en un concierto de Chopin. No tardaba en reconocerlas: los dedos esbeltos, las yemas acariciadoras, la palma como una tronera a través de la cual se veía el mar, y las venas igual que ríos desbordados al abrirse el dique de los besos.

Era un sueño más, una historia como tantas otras que en sus tiempos de escritor no hubiera tardado en llevar al papel. Ahora bien, por si acaso, se cuidaba esas herramientas de carne y hueso todas las mañanas, las uñas cortas, limadas, y las palmas limpias a pesar del manejo de la cola y las zalemas del polvo.

Lo mejor del trabajo no era la aventura de buscar un libro entre los anaqueles, ni la belleza de los atardeceres rojos que prendían el cielo como cerillas. Lo mejor del trabajo era poder contemplar la belleza de las usuarias que poblaban la sala como solemnes sacerdotisas de un templo de cultura. Los ojos de Álvaro, vigilantes tras los cristales manoseados de sus gafas, eran monteros profesionales al acecho de una presa distraída, que, si levantaba la vista, le teñía de granate las mejillas.

Cuando alguien entra en una biblioteca, los ojos de los lectores abandonan el libro en busca de ese calor humano. Cada vez que se abre la puerta, puede deslizarse un príncipe azul o una princesa de cuento; si el bibliotecario arrastra un carro por el pasillo, se desencadena una batalla por el sagrado cetro de las palabras. Sucede que alguien entra sólo a rescatar a una víctima de la cruel literatura: en ese caso, conviene que la pareja no mire atrás, porque las estatuas de sal abundan en los aledaños de las bibliotecas. También sucede que de tanto en tanto los espejos de los baños reclaman a los lectores para interrogarlos sobre sus progresos. En circunstancias tales, los libros han de acompañar a su fugaz dueño, para que sepan responder sin miedo a las preguntas de los espejos y eviten de paso que los ladrones les roben su conocimiento.

En las bibliotecas, más que a leer, se va a escribir, pero mensajes de móvil. La mejor literatura celular nace en esos pupitres, que propagan la palabra de los grandes pensadores sin necesidad de altavoces ni pasquines. Una tecla tras otra, van naciendo reflexiones sobre la soledad o el arcoiris, que, quién sabe cuándo, un filólogo, nieto de Stern o García Gómez, reunirá en un libro, ubre de la que beberán generaciones de profesores.

Y más que a escribir, se va a amar: un cruce de miradas, un bolígrafo caído, una pregunta sobre las fotocopadoras, un comentario acerca de la lluvia, son tan infalibles como un baile. Si la literatura más hermosa nace en las bibliotecas, los amores más duraderos se gestan entre las páginas de un libro. El alumno ciego que recibe el favor de unos ojos claros que le van guiando hasta la mesa de préstamo, cual hilo de Ariadna que se ovillarà una noche mojada en vino. La alumna que, aun viendo, quiere ver mejor, sin gastarse el dinero en una óptica.

Quienes no frecuentan las bibliotecas ignoran las mil gracias con que los lectores se entregan a sus libros: los hay inquietos que levantan la cabeza tras cada línea, y esperan una confirmación de esa sentencia en el orden menos lógico de la vida, los hay pasionales que gesticulan cuando leen una mentira, y echan mano a la invisible espada de su cinto para defender la razón que los asiste, los hay enamorados de la palabra que se van transformando en el personaje de la novela a medida que vuelan las páginas, y si la novela es de piratas salen del recinto con una calavera pintada en la frente, los hay, también, figurantes que se acomodan sin libro ni nada, para cultivarse en un soliloquio

de isla desierta, y, finalmente, los hay charlatanes que confunden el letrado de la biblioteca con el luminoso de los bares, y las páginas con servilletas que subrayan a sabor o transforman en palomas papirofléxicas.

Las mujeres que leen parecen un sueño: sus cuerpos se vencen sobre la mesa como si de esa madera se hicieran los brazos del hombre que las toma, y entonces el destino de la tarde es mirarlas, olvidando que un profesor con barba de chivo reclama que le presten el tomo uno de la enciclopedia del aburrimiento.

Laura Ferragosa, alumna de doctorado, tenía la cara blanca y los ojos grandes, pero, al acercarse a la mesa de préstamo, lanzaba sus pupilas a un lejano nido, privando a Álvaro del encuentro con su mirada –una chica salada», decía de ella Óscar-. Sara González, veinte años, era natural de Arequipa y hablaba con volumen de mercado, pero no se ofendía porque le mandaran bajar la voz, ni la bajaba tampoco. «Dura de caderas como una liebre», observó, en cierta ocasión, el mismo Óscar, que se había acostumbrado a tocar con los ojos. Julia Pocero, alumna de primer curso, aparecía siempre con una sonrisa que invitaba a quitarle la multa por el retraso en la devolución. Teresa Doncel se despedía con esa misma sonrisa de franqueza, como si hubiera tomado el relevo de su compañera. Beatriz Aguirre era una hija de la bohemia que había recalado en esa Facultad por sus malas notas en bachillerato, y no había nadie que con tanta simpatía agradeciera la entrega de un libro: «Tu rapidez es una fiesta, cariño».

Entre los varones, Lucio Somoteño, «pájaro de mal agujero» en palabras de Óscar, se tomaba todas las confianzas para ser el primero en poseer un libro: con un guiño creía barrer todos los escrúpulos morales. Andrés Vinuesa, un canario a quien los ordenadores le hacían sufrir hasta el punto de que era mejor buscarle el libro a ciegas. Fernando Rojo, calvo de barba prominente, entusiasta del club de los metafísicos, que hablaba con serenidad probable de bonzo. Hilario Hinojosa, el profesor de las mil caras, que vencía el paso de los años pintándose el cabello de color esperpento. Daniel Pequeño, Fermín Toledano, Luis Nariz, un trío bien avenida, que pedía siempre los mismos libros en ediciones diferentes.

–Llevo media hora esperando, joven. Está usted en Babia –lo recriminaba la barba de chivo.

Álvaro asentía, indiferente. Buscaba el libro por los callejones del depósito. A veces se le resistía, como si jugara a esconderse detrás de otros libros, igual que un niño que en un centro de adopción reconoce en su futura madre a una bruja. Antes de volver a la sala, se quedaba unos minutos en las candilejas, mirando por la ventana. Desde ahí veía pasar a los alumnos, que se encontraban casualmente en un cruce de avenidas, como los pájaros en los bulevares del aire.